



ACORRALADOS

RESUMEN EJECUTIVO

¿Qué factores explican las presiones sin precedentes sobre las tierras agrícolas de todo el mundo y qué se puede hacer para garantizar el acceso equitativo a las mismas?

RESUMEN EJECUTIVO

La tierra tiene una importancia crucial para la vida, los medios de subsistencia y la seguridad alimentaria de millones de personas en todo el mundo. Sin embargo, actualmente están convergiendo y se están intensificando una serie de presiones sobre los suelos agrícolas hasta ahora nunca vistas. Estas presiones están provocando un repentino aumento de la desigualdad en el uso de los suelos, la pobreza rural y la inseguridad alimentaria, y empujando a los pequeños productores agrícolas hacia un punto de no retorno.

Históricamente, el acceso y el control sobre la tierra se han configurado en torno a procesos de discriminación, opresión y desposesión que han dado lugar a que, hoy en día, los trabajadores del sector agrícola, pastores, pueblos indígenas y otras comunidades marginalizadas estén experimentando renovadas amenazas fruto de la evolución y multiplicación de las presiones que se dan sobre las tierras agrícolas. En paralelo, las nuevas generaciones enfrentan graves barreras de acceso al suelo y enormes dificultades para entrar en el sector agrícola.

La crisis financiera y del precio de los alimentos de 2007-2008 produjo una vasta oleada de casos de acaparamiento de tierras, lo que permitió a inversores, empresas agroalimentarias y fondos soberanos apropiarse de grandes extensiones de terreno agrícola del Sur global.

Esta ola de acaparamiento de tierras fue decreciendo a partir del 2013, pero las presiones nunca han desaparecido. Ahora, diez años después, el mundo se enfrenta a una dinámica multidimensional de sobreexplotación y competencia exacerbada por las tierras. Incluso podría decirse que la amenaza es aún mayor ahora que el acaparamiento de tierras ha adoptado nuevas y oscuras formas, resultando en un «acorralamiento» de los trabajadores del sector agrícola y las comunidades rurales desde todos los frentes.

CAUSAS Y CAUSANTE DE LA DESIGUALDAD AGRÍCOLA

Hemos identificado cuatro tendencias que alimentan la sobreexplotación de las tierras agrícolas y agravan el problema de la desigualdad en el uso del suelo a nivel global.

1. ACAPARAMIENTO DE TIERRAS 2.0

Cada año asistimos a nuevas oleadas de casos de acaparamiento de tierras, con grandes extensiones de terreno devoradas y el consiguiente traspaso de la propiedad de las tierras de manos de los productores a los agentes financieros. Las fuertes subidas del precio de los alimentos, consecuencia de la pandemia de COVID-19 y de la guerra en Ucrania, han reavivado las narrativas centradas en «alimentar al planeta», renovando el interés en garantizar la disponibilidad de tierras para la producción de cultivos de exportación y poniendo a disposición de agronegocios, inversores y gobiernos extranjeros nuevos métodos para acceder y apropiarse de las tierras de cultivo.

- Los distintos gobiernos están siendo presionados a **desregular los mercados de propiedad agraria y a adoptar políticas que privilegien a los inversores**. En África y Asia, por ejemplo, la ampliación de acuerdos comerciales bilaterales y de inversión (entre los que se incluyen los acuerdos Sur-Sur) está conllevando al acaparamiento de grandes extensiones de tierra a través de «zonas económicas especiales» y «corredores de crecimiento».
- Paralelamente, **el «acaparamiento del agua» y el «acaparamiento de recursos» también están al alza**. Estos se tratan de transacciones de propiedades agrícolas de modo a garantizar el control y extracción de valor de recursos cruciales (como es el caso de los cultivos comerciales intensivos en agua). Aunque este tipo de transacciones se producen en diferentes niveles y las de menor escala pasan desapercibidas, también conllevan graves impactos para pequeños productores y comunidades locales.
- **Los actores más poderosos están tomando provecho de que los mercados de tierras cada vez están más financierizados**. Entre 2005 y 2018, los fondos de inversión agrícola se multiplicaron por diez y ahora es habitual que incluyan las tierras de cultivo como una clase de activo independiente. Desde la pandemia, los inversores estadounidenses han duplicado sus participaciones en este tipo de terrenos. Al mismo tiempo, los intermediarios del comercio de materias primas agrícolas especulan con los suelos cultivables a través de sus filiales de capital privado, y existen nuevos derivados financieros que permiten a los especuladores acumular parcelas de terreno para luego arrendarlas a trabajadores del sector agrícola que se encuentren en dificultades, lo que provoca una galopante y continuada inflación en los precios de las tierras.
- En el Sur global, se están haciendo grandes esfuerzos por **digitalizar los registros de la propiedad**. Si bien esta medida pretende reforzar los sistemas de tenencia de tierras, también podría acabar suponiendo una vía para ofrecer a los mercados financieros más datos y exacerbar todavía más la dinámica de acaparamiento de tierras.
- Cada vez son más los casos de acaparamiento de tierras que **se abandonan a mitad de camino**: normalmente la tierra acaba por venderse a nuevos inversores y las consecuencias negativas afectan a las comunidades locales y los sistemas de tenencia.

2. ACAPARAMIENTO VERDE

El suelo, además de ser hogar para la biodiversidad, es también un importante sumidero de carbono. Sin embargo, al mismo tiempo que los objetivos de sostenibilidad se blindan en acuerdos internacionales en materia medioambiental, asistimos al rápido aumento del interés por las «soluciones basadas en la naturaleza» para la conservación, la fijación de carbono y las compensaciones. Esto ha desembocado en una nueva oleada de casos de «acaparamiento verde», que suponen hoy en día un 20 % de las transacciones con tierras a gran escala. Los gobiernos y las grandes corporaciones se están apropiando de enormes superficies de tierra a través de planes de conservación verticales que dejan fuera a los pequeños productores y a los usuarios locales de la tierra (es decir, a aquellos que sufren las consecuencias del cambio climático). Entre estos planes se incluyen las compensaciones de carbono y de biodiversidad, las iniciativas para la «ganancia neta de biodiversidad», y los planes de reforestación a gran escala (que no tienen en cuenta la biodiversidad).

- Los gobiernos se han comprometido a destinar únicamente a iniciativas de «captación de carbono» **una super icie de terreno equivalente al total global de tierras de cultivo** (casi 1200 millones de hectáreas).
- Los mercados de compensaciones de carbono y de biodiversidad están propiciando una enorme cantidad de operaciones comerciales con tierras y dejando los suelos agrícolas a merced de los actores más contaminantes, inclusive de los intereses de los combustibles fósiles. En 2023, **el valor de los mercados de compensaciones de carbono a nivel global se ha estimado en 414 000 millones de dólares estadounidenses**, y se prevé que alcance los 1800 millones en 2030. Shell, el gigante de los combustibles fósiles, ya ha destinado más de 450 millones de dólares a proyectos de compensación, y una única empresa de «creación de activos medioambientales», Blue Carbon, con sede en los Emiratos Árabes Unidos, ya se ha hecho con aproximadamente 25 millones de hectáreas de tierras mediante la firma de acuerdos con los gobiernos de Kenia, Zimbabue, Tanzania, Zambia y Liberia.
- Las supuestas «soluciones basadas en la naturaleza» **se están usando como pretexto para promover inversiones que perpetúan el status quo, planes de conservación verticales** que se teme que permitan a los actores más poderosos aprovecharse de los nuevos objetivos mundiales en materia de biodiversidad para imponer un acaparamiento verde de nivel masivo.
- Simultáneamente, otras tierras y recursos están siendo objeto de apropiaciones para destinarlas a la producción de biocombustibles y energía verde (incluidos **proyectos de generación de «hidrógeno verde» intensivos en consumo de agua** o la conversión de tierras de cultivo y/o ganadería en parques solares), lo que entraña riesgos y la necesidad de hacer concesiones para la producción local de alimentos.

3. EXPANSIÓN Y USURPACIÓN

En el marco de una rápida y a menudo insostenible expansión económica, se están transfiriendo grandes superficies de terreno agrícola para las manos de industrias extractivas y megaproyectos de desarrollo, las más de las veces de forma coercitiva. En particular, la actual expansión global del sector de la minería —propiciado por la demanda de los llamados minerales críticos o esenciales—, está redoblando las presiones ya existentes sobre las tierras agrícolas.

- En los últimos diez años, **los proyectos mineros han supuesto el 14 % del total de las operaciones con tierras a gran escala registradas**, lo que se traduce en unos 7,7 millones de hectáreas de suelo agrícola absorbidas.
- Las conversiones del suelo son especialmente **perjudiciales para los productores de alimentos y las comunidades** y suelen desencadenar desplazamientos en masa, conflictos por la tierra y la degradación a todos los niveles del entorno circundante.
- En lugar de servir de protección para las comunidades, **las actuales leyes de inversión extranjera de carácter dudoso protegen en última instancia, a quienes contaminan**: varias compañías transnacionales, por ejemplo, han demandado, con éxito, al gobierno de Colombia por intentar detener un proyecto minero a gran escala.
- Entre tanto, y especialmente en Asia y África, **se siguen perdiendo tierras de cultivo de primera calidad en favor de la creciente urbanización y del desarrollo de mega-infraestructuras**.

4. RECONFIGURACIÓN DEL SISTEMA ALIMENTARIO

Dentro de las cada vez más numerosas y persistentes amenazas que plantea el acaparamiento de tierras, la concentración desenfrenada dentro del sector agroalimentario, la expansión continuada de la agricultura industrial y los consiguientes cambios en las dietas provocan una rápida degradación de los suelos y limitan la capacidad de control de las personas que trabajan en el sector agrícola y las comunidades sobre sus propias tierras y el uso que hacen de ellas.

- **La integración de los pequeños productores en las cadenas de valor empresariales (por ejemplo, mediante la agricultura por contrato)** permite a las empresas multinacionales agroalimentarias acceder al control efectivo **de los suelos agrícolas e imponer decisiones y condiciones de producción, lo que genera una situación que suele dejar a los agricultores atrapados en modos de uso de la tierra insostenibles y medios de subsistencia precarios**.

- El alto coste de los insumos, el incremento del precio de las tierras y los grandes ciclos de altibajos son consustanciales a los sistemas alimentarios industriales que promueven las grandes corporaciones. El tipo de dinámicas a las que se adscriben son responsables de la **precariedad económica sistemática de los productores agrícolas**, que se ven forzados a crecer más, o abandonar el sector.
- **Los modelos de agricultura centrados en la tecnología y cada vez más dependientes del capital y los insumos químicos** imponen la ampliación de escala de las explotaciones y la concentración de suelos agrícolas, especialmente ahora, con la digitalización de la agricultura.

¿CUÁLES SON LOS IMPACTOS Y HACIA DÓNDE NOS DIRIGIMOS?

La dinámica de explotación extrema de las tierras limita las posibilidades que agricultores, pastores, pueblos indígenas y comunidades marginalizadas tienen de acceder y controlar la tierra. La presión que se ejerce socava de forma dramática los medios de subsistencia de los pequeños productores y los acorrala en una situación de crisis - con graves consecuencias para la seguridad alimentaria.

El creciente número de casos de acaparamiento de tierras pone a los agricultores y a las comunidades en una situación de vulnerabilidad frente a la desposesión y el desalojo, y acarrea graves violaciones de derechos humanos. Por otro lado, en el momento en que los agronegocios acumulan un control cada vez mayor sobre las cadenas alimentarias y las tierras agrícolas, se está produciendo un tipo de acumulación *sin* desposesión

La concentración de las tierras está aumentando en todas las regiones del globo y alcanza niveles nunca vistos como resultado de todos los aspectos que convergen en esta tendencia. Según un reciente estudio, el 1% de los principales productores del mundo controlan actualmente el 70% de la superficie agrícola a nivel global. La concentración de tierras es especialmente grave en Norteamérica, América Latina y Europa —el 80% del suelo cultivable en Colombia pertenece al 1% de los principales productores y una pequeña fracción de las sociedades de cartera brasileñas, tan solo el 0,3%, poseen el 25% de la superficie de tierras agrícolas del país. Al mismo tiempo, **muchos agricultores, especialmente en Asia y África, se ven obligados a trabajar en parcelas muy pequeñas y/o fragmentadas**, lo que supone la fragilización de sus medios de subsistencia.

Las explotaciones agrícolas de carácter industrial que hacen un uso intensivo de los combustibles fósiles, los proyectos mineros y otras actividades extractivas son responsables de la **degradación del suelo** en todo el mundo a causa de sus impactos directos y de su contribución al cambio climático, el cual constituye por sí mismo uno de los principales agentes de la desertificación, la erosión y

otras formas de desgaste del suelo. Actualmente, un 80 % del terreno cultivable de todo el mundo sufre los efectos de dicha degradación, lo que se traduce en más de 1300 millones de productores de alimentos condenados a trabajar en tierras improductivas.

Estas consecuencias podrían llegar a un punto de no retorno en los próximos años como resultado de la convergencia y la intensificación de diferentes formas de acaparamiento de tierras y desestabilizadora influencia del capital. Durante la crisis de 2007-2008, los inversores intentaron incrementar la seguridad de sus carteras recurriendo a las tierras de cultivo — un bien de menor liquidez pero también menos proclive a la especulación que los bienes inmuebles. Aunque dichas inversiones se limitaron a un reducido porcentaje reducido, desde entonces los mercados de derivados de tierras de cultivo se han vuelto más y más complejos, y los agentes financieros han descubierto nuevas formas de hacer del suelo una inversión más atractiva. La aparición de los mercados de compensación de carbono y biodiversidad ha atraído también grandes cantidades de dinero —y nuevos intereses— a los mercados de la propiedad agraria, lo que supuso un incremento de la especulación y la formación de burbujas de precios de la tierra. Por su parte, los agronegocios especulan también con el suelo mediante sus propios fondos de inversión privada. Gracias a estos nuevos vehículos e instrumentos, existen agentes muy poderosos que pueden rodear los obstáculos y abrir las compuertas a los flujos de capital de los mercados de tierras, lo que implica la transformación del suelo en un activo verdaderamente líquido y fungible y una aceleración de la transferencia de tierras de los productores a los actores financieros.

Estas tendencias están llevando a una colisión entre **los pequeños productores, por un lado, y los colosales inversores institucionales, las empresas de combustibles fósiles y los promotores inmobiliarios**, por otro. Es decir: entre quienes viven de la tierra y aquellos cuyo interés reside en maximizar su comercialidad y su valor teórico y que, por ende, se benefician de la subida del precio del suelo. En determinadas regiones, la creciente financiarización de los mercados de tierras incrementa de forma brusca y continuada la inflación del precio de las tierras de cultivo por el efecto de la enorme cantidad de capital que moviliza a los mercados y desvincula de cualquier valoración realista dicho precio. Además del músculo financiero, los actores que entran actualmente en el mercado de tierras gozan de la influencia política necesaria para configurar el paisaje general de la inversión y las políticas de incentivos (como, por ejemplo, la modificación a su favor de las normativas de compensación o los mandatos de biocombustibles).

Por otro lado, se está consolidando un círculo vicioso: **la tendencia emergente a sobreexplotar y competir por los suelos agrava la pobreza persistente del mundo rural e incrementa la presión sobre los medios de subsistencia de los pequeños productores, pone a estos en una situación de vulnerabilidad frente a la apropiación de tierras** y allana el camino a una mayor concentración, fragmentación y degradación.

El actual sistema alimentario industrial centrado en la exportación se sigue afianzando y degrada las tierras, exprime los medios de vida de los agricultores e impone barreras insalvables a la entrada de las nuevas generaciones. Cada vez es más frecuente que los agricultores se vean obligados a aceptar condiciones desfavorables para participar en las cadenas de valor industriales, con el resultado de la generalización de prácticas insostenibles que degradan todavía más los suelos y socavan los medios de subsistencia a largo plazo. Por último, en un contexto de precios permanentemente al alza y de precarización constante de los medios de vida, mantener o adquirir tierras se vuelve económicamente inviable para los agricultores en activo y para aquellos que quieren acceder al sector. Así, las únicas opciones viables se reducen a vender las tierras agrícolas a especuladores o a sociedades de cartera —que se convierten luego en arrendadoras de las mismas— o abandonar el sector. A través de estos procesos, los agricultores y las comunidades pierden control y poder de negociación económica y se vuelven vulnerables a las diferentes formas que adopta el acaparamiento de tierras para facilitar la producción a gran escala de materias primas de exportación, los proyectos mineros, el desarrollo de infraestructuras, etc., procesos todos ellos que entrañan pocos beneficios y una mísera compensación para las comunidades y que, sin embargo, agudizan la pobreza y promueven la emigración desde zonas rurales. El éxodo rural, por su parte, contribuye a la expansión urbana y a una mayor usurpación de las tierras de cultivo, deja el campo *vaciado* y legitima el crecimiento de la agricultura industrial a gran escala.

¿QUÉ FACTORES FACILITAN LA SOBREEXPLOTACIÓN Y LA COMPETENCIA DESIGUAL POR LAS TIERRAS AGRÍCOLAS? REFORMAS POLÍTICAS FALLIDAS, INCENTIVOS ECONÓMICOS FALSEADOS, INTERESES Y CREENCIAS ERRÓNEAS

Los pequeños productores, los pueblos indígenas, los pastores y otras comunidades rurales están tratando de contener la tendencia a la sobreexplotación y la competencia por las tierras con medidas que van desde la agricultura colectiva o las iniciativas de uso compartido de tierras comunitarias, hasta la resistencia desde los movimientos sociales para evitar el acaparamiento de tierras. En algunos casos, los gobiernos han promulgado reformas políticas destinadas a asegurar la tenencia, regular los mercados de tierras y poner freno a las prácticas extractivas perjudiciales, así como para apoyar los planes de ordenación y los sistemas alimentarios orientados a la comunidad. A pesar de ello, en la mayoría de los casos estos esfuerzos resultan ineficaces dada la magnitud y escala del desafío que supone garantizar el acceso y el control sobre la tierra en el actual contexto de presión exacerbada y desequilibrios de poder.

Además, dichos esfuerzos se han visto obstaculizados por incentivos más amplios falseados en beneficio de los más poderosos:

- **Los pequeños productores y las comunidades marginalizadas están perdiendo el control sobre las tierras por una combinación de *inseguridad de los sistemas de tenencia, inseguridad económica e inseguridad política.***

Durante décadas, los intentos que se han hecho por formalizar la propiedad y tenencia de la tierra (con planes de adjudicación de títulos de propiedad, por ejemplo, o con la más reciente digitalización de los registros de la propiedad) han desembocado en un legado ambiguo. En un contexto de bajos ingresos, precios de la tierra al alza, una deuda creciente de las explotaciones y marcados desequilibrios de poder —tanto en los mercados de la propiedad agraria como en los sistemas agroalimentarios— las reformas en materia de adjudicación de títulos de propiedad dirigidas a grupos específicos no son suficientes para garantizar seguridad en cuanto a la tenencia. Por el contrario, en ocasiones pueden tener el efecto opuesto. En particular, las formas de tenencia consuetudinarias o basadas en bienes comunes son susceptibles de verse erosionadas por los procesos de formalización debido a los atroces desequilibrios de poder que operan en ellos.

- En las cuatro tendencias que hemos analizado, la sobreexplotación y la competencia desigual por las tierras pone de manifiesto un paradigma de desarrollo vertical erróneo y el fracaso sistemático a la hora de dar respuesta a la pobreza rural y apoyar los medios de subsistencia. En lugar de fortalecer a los pequeños productores y a las comunidades rurales, varios gobiernos están favoreciendo modelos de desarrollo vertical, de carácter extractivo y con un empleo intensivo de recursos (minas a gran escala, agricultura y producción energética para exportación, valorización del capital natural mediante compensaciones, etc.). Por otro lado, y aunque no estén designadas como tal, existen por todo el mundo áreas rurales que se están convirtiendo en zonas económicas especiales de facto. Todas estas dinámicas responden a los intereses predominantes de las instituciones mundiales, a los incentivos económicos falseados que recompensan el extractivismo de materias primas en detrimento de la producción sostenible de alimentos, y a la necesidad de generar ingresos de la exportación para hacer frente al creciente coste de la amortización de deudas. Por otro lado, la aparición del acaparamiento verde y de nuevas presiones sobre la tierra derivadas de la demanda de minerales críticos, ponen de manifiesto el fracaso a la hora de construir trayectorias para la transición ecológica auténticas y justas, enraizadas en la participación comunitaria y conscientes de los impactos sobre los medios de subsistencia — la denominada «transición justa».

- **El fenómeno global de la sobreexplotación y la competencia por las tierras se basa en la tendencia persistente hacia la liberalización del mercado y el trato privilegiado a los inversores.** La liberalización del mercado y la orientación hacia la exportación son componentes clave de los sistemas alimentarios industriales y favorecen las presiones que dichos sistemas ejercen sobre los medios de subsistencia de los pequeños productores (y, en última instancia, sobre la tenencia de tierras). Paralelamente, a través de los «corredores de exportación» y las «zonas económicas especiales» (una forma de liberalización del mercado de hecho) grandes cantidades de tierras están siendo objeto de reapropiaciones poco transparentes y asociadas a impactos graves sobre los pequeños productores alimentarios y las comunidades locales. Por su parte, los acuerdos bilaterales y regionales de comercio e inversión se multiplican a ritmo acelerado, y los más recientes ya están facilitando el paso a las transferencias energéticas a gran escala —de hidrógeno verde desde el norte de África a Europa, por ejemplo— con serias implicaciones para el suelo y los recursos. Por último, la inclusión de cláusulas para la solución de controversias entre inversores y estados en los acuerdos comerciales también refuerza aún más la protección a los inversores extranjeros, de manera que las empresas agroalimentarias y las compañías mineras tienen vía libre para perpetrar peligrosas formas de acaparamiento de tierras. Estas medidas de protección —frecuentes en el sector agroalimentario a día de hoy— les dan a los inversores cobertura para llevar a cabo apropiaciones de terreno a gran escala y reconfiguran de manera efectiva los derechos de propiedad de tal forma que se excluye a los pequeños productores y las comunidades rurales, con el consiguiente debilitamiento de sus derechos económicos y sociales, entre los que se incluyen el derecho humano a la tierra y a la alimentación.
- **Todavía siguen vigentes antiguas creencias sobre el uso eficiente de la tierra que en realidad favorecen las dinámicas de acaparamiento, el acaparamiento verde y la sobreexplotación y competencia exacerbada por las tierras de cultivo en un sentido amplio.** La facilidad que parecen tener los gobiernos para erosionar sus tierras y su patrimonio agrícola refleja la creencia de que es posible alcanzar la seguridad alimentaria mediante el comercio mundial —un planteamiento que hace aguas a la luz de las recientes disrupciones del mercado y de las drásticas subidas del precio de los alimentos. En relación a esto, la premisa de que es posible producir más alimentos en menos superficie de tierras de forma sostenible —vinculada a las narrativas del «ahorro de tierras» y la «intensificación sostenible»—, recurriendo a tecnologías «climáticamente inteligentes» y aumentos de eficiencia, es la que orienta determinadas decisiones en materia de tierras, como la eliminación del vínculo entre conservación y producción alimentaria, o la relegación de los pequeños productores a segundo plano. En último lugar, la lógica del desarrollo sigue respondiendo a la idea de una *transformación estructural*, es decir, la creencia de que la reducción de la pobreza puede y debe pasar por la reducción de la intensidad de mano de obra en la agricultura y su traslado del ámbito rural a las áreas urbanas.

EL CAMINO A SEGUIR

Para detener la sobreexplotación de las tierras, restablecer un acceso igualitario a las mismas y reconstruir los medios de subsistencia de los pequeños productores, es necesario frenar el fenómeno emergente de acaparamiento de tierras y acaparamiento verde y llevar a cabo reformas sociales y agrarias audaces que se basen en medidas potentes e innovadoras como las que las comunidades y los agricultores ya están adoptando para defender sus tierras, hacer cumplir sus derechos y forjar nuevas formas colectivas de propiedad y financiación. En esta línea, planteamos tres conjuntos de recomendaciones fundamentales:

1. Construir sistemas integrados de gobernanza de la tierra, medioambiental y alimentaria para detener el acaparamiento verde y garantizar una transición justa y basada en los derechos humanos.

Necesitamos nuevos mecanismos de gobernanza capaces de aglutinar los diferentes imperativos políticos, equilibrar la competencia por los usos de la tierra y priorizar a las comunidades locales y el respeto de los Derechos Humanos. Entre estos mecanismos se podrían incluir, por ejemplo, estrategias de ordenación territorial democrática y «agencias de tierras» sujetas a rendición de cuentas. Los sistemas de tierras gestionados por la comunidad representan el mejor ejemplo de cómo conjugar la protección de los ecosistemas con la producción alimentaria, y son estos enfoques — todavía periféricos en el Marco Mundial de Biodiversidad— los que deberían constituir una herramienta central para alcanzar los objetivos a este respecto.

2. De la materia prima a la comunidad: excluir el capital especulativo de los mercados de propiedad de tierras para ponerlas en manos de los agricultores.

Es urgente e imperativo adoptar medidas para devolver a los mercados sus valores y funciones fundamentales y protegerlos de los movimientos de ingentes sumas de dinero y de los actores más poderosos que los están copando. Los gobiernos tienen el deber de visibilizar el verdadero coste de los compromisos de cero neto («Net Zero» en inglés), establecer mecanismos ajenos al mercado que pasen a ser el eje vertebrador de la acción climática y, en última instancia, abandonar gradualmente los mecanismos del mercado para la eliminación de carbono. También es crucial limitar la inversión en tierras de cultivo, así como otorgar a los agricultores y las comunidades el derecho de tanteo en la compra de tierras y apoyar la agricultura colectiva, los fideicomisos de tierras comunales y otras formas innovadoras de propiedad y financiación.

3. Diseñar un nuevo contrato social y una nueva generación de reformas agrarias y en materia de tierras.

Es necesario un nuevo acuerdo para los agricultores y las comunidades que rompa con el pernicioso círculo de la pobreza rural, la inseguridad de los medios de subsistencia y la desigualdad en la propiedad de las tierras. El acceso a las tierras y su tenencia garantizada deben ir de la mano de un apoyo sistémico y estructural a la producción de alimentos a pequeña escala, seguros de pensiones y mecanismos de reducción de la deuda de los agricultores, así como de inversión en infraestructuras en el ámbito rural y de la dañina liberalización del mercado. Para alcanzar estos objetivos, puede ser necesario emprender procesos de reforma integral en materia agraria y de tierras y adoptar medidas valientes que permitan una redistribución de las mismas.